

Documento

América Latina: desafíos compartidos*

EDUARDO FREI RUIZ-TAGLE

Introducción

Es imposible ignorar que estamos viviendo un periodo trascendental. Tenemos en nuestras manos una nueva agenda. Los desafíos que enfrentamos son crecientemente de naturaleza internacional. Estamos preocupados por promover la democracia en todo el mundo, y la concepción del respeto a los derechos humanos se ha impuesto como una norma internacional, más allá de las fronteras nacionales.

Se ha señalado, sin embargo, que, mientras tantas cosas están ocurriendo en el mundo, en América Latina todavía seguimos enfrentando "viejos problemas" a través de viejas soluciones y actitudes. Todavía nuestros gastos militares siguen siendo muy altos, mientras la pobreza crece. Muchas prácticas terroristas son de regular ocurrencia en varios de nuestros países. La violencia se enseñorea de pueblos inocentes, como ocurre con Sendero Luminoso y los cárteles de la droga.

Muchos han sostenido orgullosamente que en América Latina, por primera vez en la historia, estamos viviendo en una situación completamente democrática. Esta apreciación, sin embargo, que en muchos sentidos es válida, tiende a menospreciar grandes carencias que aún subsisten. Entre ellas, debemos destacar las dificultades que encontramos en términos de consolidar una auténtica unidad latinoamericana.

En más de un sentido, la unidad latinoamericana no es un sueño

* Conferencia del señor Eduardo Frei Ruiz-Tagle, senador de la República de Chile, pronunciada el 30 de junio de 1993 en El Colegio de México.

ni una utopía siempre contradicha por la historia, como a veces suele aparecer. El problema es que el concepto de unidad ha sido diferente en las distintas etapas de nuestro desarrollo, precisamente porque es una construcción histórica cuyo contenido ha estado fuertemente marcado tanto por la historia mundial como por las historias locales.

De hecho, antes del proceso de expansión europea no había entre nosotros una conciencia continental. La América prehispánica estaba compuesta por pueblos de muy distintos grados de civilización, con vinculaciones regionales limitadas. Nuestra unidad comienza a construirse, por decirlo de alguna manera, desde afuera. A la fuerza militar del conquistador se suma la fuerza administrativa de un Estado monárquico poderoso. Pero, a poco andar, esa unidad se construye sobre pilares mucho más fuertes y permanentes que el poder militar y político. Se construye una cultura cimentada, entre otros factores, en el mestizaje, la lengua y la religión.

La independencia no rompe esa unidad más profunda, pero obliga a plantearla en términos distintos.

Una de las características más particulares de la historia de nuestro continente es que los Estados nacionales tuvieron que construirse acentuando sus diferencias allí donde había una fuerte unidad cultural y más allá de las evidentes diferencias regionales. Los nuevos Estados definieron su territorio con base en líneas divisorias que tenían algún sustento en las antiguas divisiones administrativas de la Colonia. Todos sabemos que en muchos casos esa demarcación fue relativamente arbitraria o que, al menos, no nacía de una necesidad histórica evidente por sí misma. Al contrario del caso europeo, los Estados nacionales americanos no nacieron como una necesidad de unirse políticamente a una cultura determinada, sino más bien para diferenciar políticamente una vasta región que conformaba cierta unidad cultural.

Nuestra unidad, por tanto, no es utópica ni retórica; es nuestro sello fundante sedimentado en una cultura común. No es una unidad voluntarista construida en el escritorio de un planificador. Es una tradición y, por lo tanto, también un destino.

Por lo mismo, como lo señalaba anteriormente, el concepto de unidad ha cambiado en sus contenidos específicos y también en sus instrumentos. Chile, desde su nacimiento como república, manifestó su vocación por ir dotando de nuevos contenidos a esa unidad, de acuerdo con los desafíos de cada época.

El primero de ellos fue la conquista de la libertad y de la soberanía. Esa lucha fue nacional y fue americana. Los chilenos, junto con reafirmar su identidad propia, tenían una vivida conciencia de que su propia causa estaba ligada a una causa continental.

Una vez garantizada la independencia del continente, cada país tuvo que concentrarse en sus propios desafíos internos. Desde la paz, Chile concibió una política exterior fuertemente americanista. No trepidó en enemistarse con los Estados Unidos para defender la causa de los mexicanos en 1845, como tampoco trepidó en enfrentarse con España, esta vez militarmente, cuando ésta amenazó territorialmente en Perú.

Pero no fue ésa su principal vocación ni su aporte más sustantivo. Su mayor aporte estuvo en contribuir a forjar un derecho internacional que regulara tanto las relaciones soberanas dentro del continente como con las demás naciones del mundo.

Tuvimos el privilegio de contar entre nosotros a uno de los más grandes americanistas de la historia de paz. Desde Chile, Andrés Bello pudo realizar su concepto sobre cómo debían vincularse los nuevos estados desde la perspectiva del derecho y del tipo de asociación que debía congregarlos. En Bello se encuentran los antecedentes de lo que más tarde serían trascendentales iniciativas colectivas, como la Carta de la Organización de los Estados Americanos de 1948. Bello le imprimió un carácter a nuestra política internacional americana que sigue plenamente vigente: el apoyo decidido a las instancias regionales junto al trabajo persistente a favor de acuerdos bilaterales como respaldo para una unidad efectiva.

Pero el americanismo que Bello llevó a la práctica desde Chile no fue sólo jurídico. Fue cultural en un sentido amplio y ello también formó escuela entre nosotros. De más está mencionar la importancia de su gramática, de sus trabajos literarios, de su enorme contribución al hecho de valorar y cultivar esta lengua que constituía una fuente tan valiosa de unidad.

Andrés Bello articuló una cultura intelectual moderna común al continente y una de sus mayores expresiones institucionales fue la Universidad de Chile, foco de irradiación del conocimiento donde se educaron ilustres estadistas y escritores americanos. Ella cobijó a muchos exiliados en distintas etapas de la historia, que encontraron allí un espacio de libertad para el pensamiento. Ella formó a la primera generación republicana de intelectuales chilenos con fuerte vocación americana.

Si en el siglo XIX expresamos nuestra visión americana en la defensa del continente, en el apego al derecho y el énfasis en la educación, en el siglo XX ella se expresaría en lo que es tal vez el mayor aporte que hemos hecho al continente y al mundo: nuestra poesía.

Los nombres de Pablo Neruda y de Gabriela Mistral son nuestra carta de presentación definitiva. ¿Tendrá algún sentido reiterar ante la sola

evocación de sus nombres la profunda vocación americana de la cultura chilena?

Nuestro compromiso con la unidad latinoamericana, ésa que no tenemos que inventar porque está en nuestras raíces, ésa que tenemos que recrear siempre de acuerdo con los desafíos del presente, ha marcado nuestra historia.

Pero, más allá de todo lo anterior, es fácilmente perceptible que el aporte continental de Chile ha sido fértil y decidido cuando ha sido fiel a su identidad más profunda que es el amor a la libertad y a la democracia. Cuando hemos perdido esa identidad se ha debilitado nuestra vocación americana y ha sido también en esos momentos cuando hemos recibido la solidaridad profunda de las naciones hermanas y muy especialmente la de México. Ellas han contribuido decididamente a que Chile hoy, ese Chile democrático de siempre, vuelva renovado a la escena americana para contribuir a que nuestra unidad secular sea la unidad que el continente necesita para iniciar el tercer milenio.

La construcción de una economía común

Junto con este renacer democrático en Chile y América Latina, con el trasfondo histórico y cultural que hemos reseñado, uno de los mayores desafíos que enfrentamos en nuestros días, y de cara al futuro, consiste en sentar las bases para la construcción de un proyecto económico común. Éste es un desafío que comparten Chile y México con especial interés, tanto en sus relaciones bilaterales y en el ámbito multilateral, como también en sus relaciones con los Estados Unidos.

Una breve mirada histórica también puede sernos de utilidad a este respecto.

Es probablemente la crisis mundial de los años treinta la que marca un hito en el desarrollo de la economía y el comercio latinoamericanos. Agotadas las reservas de divisas, no quedó otro recurso que cerrarse al comercio internacional, o más bien a las importaciones, y dejar de pagar la deuda. Ésta es historia conocida.

Aún no se recuperaba el mundo de la crisis de los años treinta cuando sobrevino la Segunda Guerra Mundial, que destruyó el aparato productivo en Europa y debilitó drásticamente el de Japón, dejando a los Estados Unidos como el único abastecedor importante de todo tipo de productos industriales y equipos.

Tomó menos de un decenio, después de la guerra, recuperar la capacidad productiva y el comercio mundiales. Pero ya habían transcurrido casi 25 años desde la crisis, durante los cuales las circunstancias

externas obligaron a los países latinoamericanos a buscar dentro de sus propias fronteras el abastecimiento de una gran gama de productos que no podían obtener en el exterior.

El tiempo no transcurre en vano. La orientación del desarrollo, forzada por la situación externa, creó intereses que perduraron mucho más allá de las circunstancias que los generaron. Por otra parte, los intelectuales latinoamericanos, en el campo económico, habían observado que la tendencia de largo plazo de los términos del intercambio parecía moverse en contra de los productos de exportación tradicionales de los países de la región.

Recuperada la capacidad productiva en los países industriales, algunos años después de la Segunda Guerra, ya no parecía necesario continuar la política de sustitución de importaciones. Había, sin embargo, un grado de desarrollo industrial que aunaba intereses de empresarios y trabajadores para su manutención. El Estado, por su parte, obtenía de ahí recursos importantes para otorgar crecientes beneficios sociales. El sistema financiero internacional estaba diseñado para dar apoyo al sector público y a sus proyectos. Aún no se desarrollaba un sistema financiero abierto y globalizado. De allí que se construyeran crecientes barreras proteccionistas para mantener el impulso de la sustitución de importaciones.

Ya a comienzos de los años cincuenta, pero más sistemáticamente a fines de ese decenio, comenzó a hacerse evidente una pérdida de dinamismo de las economías de la región: la sustitución de importaciones en el nivel nacional comenzaba a agotar su curso. Esto, unido al efecto demostración de los esfuerzos europeos por integrarse, reactivó en la región el interés por la integración económica, como una manera de ampliar las fronteras de la sustitución de importaciones.

Se trataba de buscar, en un marco de elevadas barreras proteccionistas con respecto al resto del mundo, preferencias arancelarias crecientes para el comercio dentro de los grupos en proceso de integración. Se esperaba que esto diera origen a un gran mercado ampliado que permitiera aprovechar economías de escala en la producción de una gran gama de productos industriales que, luego de alcanzar competitividad internacional, pudieran también exportarse a mercados extrarregionales.

No es éste el momento de evaluar dicho esfuerzo de integración, con sus logros y carencias. Pero sí quisiera señalar que, a mi juicio, la causa principal de lo efímero del éxito alcanzado por la integración en sus formas iniciales, en relación con sus metas específicas, residió básicamente en su limitada visión. Ésta enfocaba la ampliación de los re-

ducidos mercados internos tan sólo hacia el también limitado potencial del mercado regional y mantenía hacia terceros países niveles elevados de protección, con la consiguiente falta de competitividad internacional de la oferta exportable. Este concepto de la integración, aunque ahora aparentemente desechado, tenía su base lógica en una apreciación pesimista de las perspectivas que ofrecía el entorno internacional.

Lo cierto es que, durante mucho tiempo, el entorno mundial se desarrolló de modo mucho más dinámico que el proceso de integración, que quedó sobrepasado por los hechos. El comercio mundial creció con rapidez. Los sistemas financieros privados se desarrollaron como consecuencia del crecimiento de los mercados de euromonedas, y desplazaron el financiamiento oficial del primer lugar de importancia para los países latinoamericanos. Se afianzó la unidad económica en Europa y la atracción ejercida por ésta, así como las propias limitaciones internas provocaron el derrumbe de las economías estatistas centralmente planificadas. El Japón se convirtió en un gigante económico y financiero. La China inició un rápido proceso de crecimiento, al igual que la India y Paquistán. Los llamados "tigres asiáticos" lograron un notable éxito al insertarse en un mundo de comercio internacional creciente y cada vez más integrado.

La crisis de la deuda no fue un obstáculo al continuado desarrollo de las tendencias aperturistas en los países de más alta protección. De hecho, la crisis comenzó a ser superada más rápidamente por aquellos países que habían iniciado antes su tarea de volcarse hacia los mercados mundiales.

Como parte esencial de su adaptación a este entorno cambiante que se caracteriza por la competencia a escala global, en nuestros días prácticamente todos los países de la región desean abrir sus economías a la competencia internacional, con la esperanza de lograr una mayor competitividad y una inserción más favorable en los mercados internacionales. Lógicamente, los objetivos y las modalidades de la integración y la cooperación regionales tienen que adaptarse a esta reorientación global del estilo de desarrollo. Es en esta perspectiva que se inscriben los recientes acuerdos subregionales tendientes a la rápida y total liberalización del intercambio entre los países miembros.

Por otra parte, la experiencia reciente de la integración también ha dejado la enseñanza de que ésta, a su vez, requiere de políticas económicas generales que permitan el desarrollo de las economías en condiciones de estabilidad de precios, de altos niveles de empleo y de equilibrio externo. Son candidatas poco verosímiles para esquemas exigentes de

integración, aquellas economías que se encuentran aquejadas por desequilibrios estructurales o coyunturales que hagan difícil la estabilización del tipo de cambio real y de las variables macroeconómicas en general.

El entorno internacional y regional

En el escenario internacional están por definirse varias cuestiones importantes. De hecho, el sistema de comercio mundial se encuentra aún ante la disyuntiva de seguir evolucionando hacia un mayor grado de libertad, o bien, afirmar las tendencias ya existentes orientadas al control del comercio por parte de los grandes bloques económicos. Ante esta perspectiva incierta resulta de importancia primordial que los países redoblen sus esfuerzos por mantener abiertos y mejorar el acceso a sus principales mercados de exportación.

Si bien no está del todo claro lo que pasará entre los bloques económicos, lo que parece haberse impuesto es la tendencia hacia la formación de ellos.

En este contexto es importante que los países de nuestra región, en su proceso de apertura económica, no pierdan de vista el potencial que les ofrece la integración, particularmente en el momento actual en que se observa el afianzamiento y la consolidación en el avance de los procesos de integración subregionales.

En este concierto internacional crecientemente dominado por bloques, puede resultar vital para los países latinoamericanos ampliar su capacidad de negociación, lo que requiere de una acción conjunta. Lo anterior se vería claramente facilitado por etapas más avanzadas de integración de nuestras economías.

A juzgar por la reciente proliferación de acuerdos celebrados entre diversas combinaciones de países, lo que apunta a una significativa y rápida liberalización de su intercambio, la integración parece estar cobrando en la presente década un impulso que estaba ausente en el decenio anterior. Por cierto, casi todas estas iniciativas se encuentran aún en estado embrionario y los obstáculos por vencer son considerables, pero lo que está fuera de duda es que repentinamente se ha dinamizado el ambiente en que se gestan estas nuevas iniciativas.

En esta perspectiva y a partir de este nuevo dinamismo, los países se acercarán rápidamente al momento en que tendrán que abordar un campo mucho más intrincado, como es la armonización de las principales políticas económicas que afectan al intercambio. En algunos casos ya existen compromisos bastante concretos en este sentido, como en el Tratado del Mercosur y en el Grupo Andino, a partir del Acta de

La Paz. Por cierto, si los países realmente desean consolidar el libre comercio en condiciones de estabilidad y competencia leal, entonces necesariamente tendrán que emprender la armonización de políticas clave como la de aranceles a terceros, la política cambiaria y las medidas fiscales que afectan al comercio, las compras estatales y las normas de origen y de salvaguardia, los derechos antidumping y la inversión extranjera. Esta tarea, que hasta hace poco parecía imposible de llevar adelante dentro de plazos previsibles, en parte se ha aligerado por el hecho de que las políticas nacionales parecen estar convergiendo hacia un denominador común a través de los programas de ajuste y de liberalización de las economías.

Asimismo, de más está decir que esta integración del futuro tendrá que afianzarse en intereses comunes cada vez mayores y en la utilización de toda la capacidad creativa y realizadora disponible en la región. Por este motivo, la activa participación del sector privado, la concertación social entre Estado, empresarios y trabajadores, en el proceso de integración, es una condición para su éxito. Conviene tener presente que no tendremos jamás países integrados si no se integran las empresas de toda índole, los sistemas financieros, las organizaciones de trabajadores, lo que a su vez requiere de condiciones macroeconómicas de estabilidad y una cultura de paz que maximice la confianza mutua, sobre todo en momentos en que algunas economías requieren ajustes estructurales. Los gobiernos democráticos de hoy son una esperanza, y la conservación del régimen democrático de gobierno es una tarea política que ha de hacerse cada día, todos los días, no sólo por una convicción doctrinaria profunda sino además para afianzar las perspectivas crecientes de una América Latina cada vez más unida, cuya voz cuente realmente en las negociaciones que pueden determinar nuestro futuro.

Unidad y fragmentación

El fin de este siglo estará marcado por una gran tensión: el doble proceso simultáneo de globalización y fragmentación.

Es evidente que, por un lado, asistimos a un proceso acelerado de globalización económica; la larga internacionalización de los mercados culmina en un nuevo estadio en que los circuitos productivos, comerciales, financieros y tecnológicos conforman una compleja red planetaria. Pero, además, se globalizan las pautas y expectativas de consumo, los intercambios culturales y, sobre todo, se configura un consenso global sobre el marco normativo de la acción política: los derechos humanos,

la igualdad de género, la defensa del medio ambiente, la lucha contra la extrema pobreza y el afianzamiento de la democracia.

Por otro lado, observamos una no menos poderosa tendencia a la fragmentación. Se acentúa la segmentación económica entre los países, y más grave aún es la acelerada desintegración en el interior de cada una de nuestras sociedades. En Europa Central esto toma la forma de un resurgimiento nacionalista, mientras que en América Latina se acentúa la fragmentación social. Al mismo tiempo que grupos sociales en diferentes países llegan a compartir un similar estilo de vida, aumenta la distancia social entre diferentes sectores dentro de una misma ciudad.

Pues bien, podría decirse que ambas tendencias están vinculadas entre sí. La tensión entre globalización y desintegración ha saltado a la vista especialmente a raíz de los acontecimientos en Europa del Este, pero es probablemente en América Latina donde este movimiento se expresa con mayor fuerza. De hecho, las sociedades latinoamericanas, tanto en su desarrollo económico como en su proceso de democratización política, no pueden ser analizadas sino en este contexto.

Hoy los países de América Latina se enfrentan al siguiente dilema: por una parte, su desarrollo socioeconómico depende de una inserción competitiva en las áreas más dinámicas del mercado mundial. En este sentido, se han vuelto ilusorias las pretensiones exclusivistas de una vía de desarrollo autónoma para los países de la región. Adicionalmente, se está agotando la estrategia inicial de inserción a través de las exportaciones basada en nuestros recursos naturales. Ya no basta con exportar, sino que resulta indispensable incrementar el factor tecnológico de los bienes y servicios exportados.

Por otra parte, la apertura al exterior profundiza aún más las ya graves desigualdades sociales dentro de la sociedad latinoamericana. Esta se segmenta drásticamente según el grado diferencial de inserción de cada sector en los procesos de globalización.

Por lo tanto, tenemos que tener presente frente a algunos exitistas neoliberales que la sola apertura externa, la extensión de la competencia y el mercado no resuelven la desintegración, la marginación y la pobreza. Un tercio de la población latinoamericana está excluida del desarrollo y relegada a situaciones de pobreza. Por ello creemos en un papel activo del Estado para promover la solidaridad y crear las condiciones para que sea toda la sociedad la que participe en el esfuerzo y los beneficios del desarrollo. De la manera como resolvamos este dilema dependerá la supervivencia y consolidación de nuestro sistema democrático. Se trata, en consecuencia, de construir un proyecto históri-

co para América Latina que conduzca a una economía solidaria, a una democracia real que ponga término a la permanente inestabilidad que ha caracterizado, en mayor o menor grado, la vida de cada uno de nuestros países.

Hacia una nueva concepción política

Durante largo tiempo se sostuvo en América Latina —especialmente en algunos países— que nuestro desarrollo político estaba mucho más avanzado que el desarrollo económico. Hoy la situación pareciera ser a la inversa. La esperanza radica en que los países de América Latina han vuelto a crecer económicamente. Sin embargo, si no hay un cambio correlativo en la política, los éxitos económicos puede que no duren por mucho tiempo. Existe una crisis política muchas veces ignorada y no resuelta en esta región, que la aparta de las oportunidades de ser un actor principal en este nuevo mundo emergente de la libertad.

En la vida política de todos los días hay una diferencia abismal entre aquello que vemos en la televisión y la vida cotidiana de la gente. En casi todos los países de América Latina somos testigos de cómo se habla del fantástico incremento de las exportaciones, mientras las familias reclaman por la inseguridad, el hambre, la falta de cuidados médicos y la decadencia de las escuelas.

Este divorcio entre estas dos realidades, el pasado y el futuro, la racionalidad de la tecnología y la forma como la gente vive cotidianamente, redundando en una profunda crisis de la política. No cabe duda que crecientes sectores de nuestras sociedades se alejan de la política y del discurso de los políticos. Debemos, en consecuencia, llevar a cabo una profunda reforma de la política, de cara a la experiencia diaria de la gente y los problemas que presenta la vida cotidiana.

La vida cotidiana se ha vuelto visible como consecuencia de la ruptura que sufrieron nuestras sociedades a raíz de las dictaduras. Las dictaduras generaron un drástico cambio de la cotidianidad de todos los grupos sociales. Lo que precisamente por cotidiano no llamaba la atención, ahora deviene problemático.

También el interés por la vida cotidiana se vincula a un descontento más general: el descontento con las formas habituales de hacer política. Existe un creciente distanciamiento entre las instituciones políticas y los ciudadanos. En tanto más actividades sociales son sometidas a una regulación político-jurídica, el hombre de la calle pierde más el control sobre su contexto social. Aun cuando las antiguas lealtades partidarias sobrevivan, la gente común encuentra dificultades en objetivar

los sentimientos de arraigo social y pertenencia colectiva a los partidos. En la medida en que las organizaciones políticas cada vez más especializadas se alejan del quehacer diario de la gente, ya no crean ni aseguran las identidades colectivas, las que tienden a recomponerse al margen o incluso muchas veces en oposición a las instituciones.

En el centro de una nueva visión de la política está la concepción de la democracia como una institucionalidad de la libertad para afianzar la cohesión social y política, así como los acuerdos por encima de la profundización de los conflictos y la confrontación.

Sólo una cultura política que acepta la diversidad de la sociedad, pero que privilegia los acuerdos por sobre la polarización y que pone el acento en la participación del ciudadano con sus vivencias y realidades cotidianas, fortalecerá la democracia y la hará capaz de enfrentar los desafíos sociales y económicos de nuestros países.

Resulta entonces necesario desprender de nuestra experiencia cotidiana buena parte de los criterios con los cuales enfrentamos las decisiones políticas. Se ha aprendido que los cambios estructurales solamente son tales si se encuentran acompañados de cambios en la vida cotidiana.

Asimismo, es indispensable que reconozcamos con hidalguía que, en muchos de nuestros países, la actividad política se ha convertido en algo que la gente mira con sospecha y desconfianza, producto de que se le vincula con el "asalto al Estado" para obtener prebendas y dividendos personales o de grupos. No cabe la menor duda de que esta percepción colectiva debilita la actividad política, degrada la función pública y termina por afectar la legitimidad misma de la democracia.

No habrá posibilidad de construir un proyecto histórico de largo plazo en América Latina que fortalezca la democracia y que convoque a una tarea común a los más amplios sectores de nuestras sociedades y en especial a la juventud, mientras la política no sea percibida como una actividad noble en la cual vale la pena comprometer lo mejor de nuestras capacidades, y convocar a la "excelencia" en cada una de las diferentes actividades nacionales.

Es necesario que en nuestras sociedades, convulsionadas por una vertiginosa secuencia de acontecimientos, recalquemos nuevamente la importancia de la continuidad de los valores, de las creencias, la firmeza de las convicciones. No es que las rupturas y los cambios no sean relevantes. Pero serían irrelevantes si no estuvieran fundados en creencias y valores que trasciendan las circunstancias históricas. La lucha política no puede estar siempre mediatizada por cálculos o por estrategias de poder, ni, so-

bre todo, por una falta de solidez ética de la clase dirigente, tanto en su vida privada como pública.

No se puede aspirar a construir una sociedad buena, si la política se reduce a la economía, los ideales a la absolutización de las ideologías y la ética al mero cálculo de poder.

En síntesis, para consolidar una democracia estable en América Latina, que goce de una verdadera legitimidad, debemos rescatar para la política su fundamento ético. En verdad, la idea es nueva de puro vieja si consideramos, siguiendo a Aristóteles, que la política "es parte de la ética y ciencia maestra del bien". Este sentido ético de la política debe socializarse en los partidos, pues no habrá una democracia sólida ni una consolidación efectiva de ella, en nuestro continente, sin un fortalecimiento de los partidos políticos, que son consustanciales a la democracia.

Palabras finales

En definitiva, en las postrimerías del siglo XX y en la antesala del siglo XXI, veo con optimismo nuestra capacidad común de afrontar los desafíos de una América Latina unida. Tenemos una historia y una cultura comunes. Hemos construido cimientos fuertes sobre los que podrá afianzarse una economía cada vez más integrada. Reconocemos la necesidad de avanzar mucho más rápido en el perfeccionamiento de nuestras instituciones democráticas como una forma de afianzar la paz en nuestra convivencia interna y en nuestras relaciones regionales e internacionales.

La participación en política significa dar voz a los que no la tienen. Significa establecer la obligación de dar cuenta de las políticas y de sus resultados. Significa, por lo tanto, acercar el gobierno y el poder a la gente, para reflejar mejor sus propias necesidades, problemas y aspiraciones. Éste es el camino indispensable para afianzar la democracia: la confianza de que la gente no podrá ser ignorada, ni en su pobreza, ni en sus carencias de libertad, de respeto a sus derechos, de acceso a los medios para su progreso.

Para terminar, quisiera aprovechar esta oportunidad y contarles, brevemente, cuál ha sido la experiencia chilena, qué estamos haciendo en el Chile de hoy.

En las visitas a Europa y América Latina nos han preguntado sobre el milagro chileno o el modelo chileno por exportar. Con claridad, en cada uno de esos lugares, he señalado que no tenemos ningún milagro ni tenemos ningún modelo que exportar.

Tenemos, sí, una experiencia que hemos ido construyendo con mucho esfuerzo y sacrificio. De los factores que han influido en lo realizado en este proceso de transición a la democracia, el primero y fundamental de ellos se encuentra en la Concertación de Partidos por la Democracia. Se trata de una cultura distinta, una manera diferente de enfrentar los procesos políticos.

Durante muchos años, y fue una de las causas profundas del quiebre democrático en Chile, miramos la política como el ámbito de las confrontaciones, de los proyectos globalizantes, de las verdades absolutas. Hoy hemos aprendido esa lección. Miramos el escenario de la política como el gran ámbito de los acuerdos, de la posibilidad de que diversos sectores del país, respetando su diversidad, puedan buscar los consensos en función de los grandes intereses nacionales. Eso hemos hecho en estos años en la Concertación.

Hemos construido un gobierno de mayoría y, lo más importante, lo hemos apoyado. Porque en América Latina escogíamos gobierno y a los pocos meses todos estaban en la oposición. Ésta fue la experiencia de tantos años.

Hoy día nos hemos comprometido con un gobierno, con una postura frente a la sociedad chilena que hemos respaldado en todo instante. Ésta ha sido una de las fuerzas del éxito que hemos ido construyendo en estos años. Existen, también, factores económicos, pero hay un factor fundamental expresado por las palabras del presidente Aylwin cuando asume la primera magistratura de la nación: "No somos ni nos sentimos fundacionales en nuestro país. Vamos a recoger el legado de nuestra historia, a mantener las cosas positivas que esta historia de gobierno autoritario nos ha entregado, vamos a corregir las cosas que nos parece que no están bien y vamos a cambiar lo que está mal."

Un tercer factor ha sido poder compatibilizar un esfuerzo económico de crecimiento sostenido y, al mismo tiempo, hacer una política social de justicia y equidad. Eso lo hemos logrado con grandes acuerdos en la sociedad chilena. Estos dos últimos años hemos alcanzado las cifras económicas más importantes de las últimas tres décadas y, simultáneamente, más de 65% del gasto fiscal del país va a inversión social.

Hemos construido estabilidad política. Hemos ido logrando estabilidad social y ello ha significado estabilidad económica. Y el gran desafío nuestro es darle continuidad a este trabajo. Por primera vez, en los últimos 50 años, tenemos la posibilidad de darle continuidad a un gobierno. Ningún sector de la sociedad chilena ve esta elección como algo traumático. La vemos como un cambio político necesario y periódico.

dico de cualquier democracia. No se han detenido las inversiones. El país sigue caminando.

Se ve la Concertación como una posibilidad concreta de tener acceso a mejores condiciones de vida, de desarrollo y de progreso. Por eso, nuestra responsabilidad no es sólo darle continuidad y proyección a lo realizado en estos años, sino también visualizar un futuro lleno de potencialidades.

Chile tiene una gran oportunidad. El próximo gobierno no será juzgado solamente por su eficiencia en el manejo de la cosa pública y en el avance de estos temas. El gobierno próximo será juzgado, fundamentalmente, por si aprovechó o no esta oportunidad histórica de dar un salto cualitativo hacia el futuro de Chile.

Y ése es nuestro compromiso y, por lo tanto, esta coalición nuevamente se ha puesto de acuerdo. A pesar de todas las dificultades de la transición. Tenemos un candidato único, estamos trabajando en un programa común y tenemos un acuerdo parlamentario dentro de un sistema electoral que nos parece absolutamente perverso porque destruye la política y a los políticos, y el cual debemos cambiar.

Hay tareas pendientes como en toda transición. Tenemos aún enclaves del sistema autoritario. Hay proyectos todavía en el Parlamento que no se han logrado aprobar por carecer de mayoría parlamentaria. Pero escogimos el camino de la legalidad, del respeto a la Constitución y a la ley que es el único camino democrático.

Estamos optimistas, pero no estamos exportando un modelo ni hablando de milagros. Estamos transmitiendo una experiencia a la que debemos darle continuidad.

Me alegro de estar hoy aquí en México y de haber podido conversar con las autoridades, dirigentes de los partidos, empresarios, banqueros, académicos. Hemos hablado del acuerdo de libre comercio, tanto con el NAFTA como con los Estados Unidos; acerca de las relaciones entre nuestros dos países; acerca de este acuerdo con México que puede ser un instrumento real de integración en América Latina, pues ha sido el primer acuerdo bilateral de este tipo entre dos naciones.

Tenemos un gran camino y una gran perspectiva de trabajo. Hay mucho por hacer. Pero lo más importante es que esto no lo miramos sólo como un acuerdo político y comercial —muy necesario, pues sin acuerdo político no hay integración y sin acuerdos comerciales no hay desarrollo, no hay intercambio, no hay presencia en los mercados mundiales frente a los grandes bloques—; lo que más sentimos es que aquí se da la oportunidad de un gran acuerdo cultural entre nuestros pueblos, acerca de cómo vamos a enfrentar el siglo XXI, cómo los países

se van a defender de estos grandes bloques, cómo vamos a respetar nuestros valores y nuestras creencias, cómo vamos a respetar nuestra historia y nuestra nacionalidad. Lo haremos, precisamente a través de lo que nos une, de nuestra cultura, entendida ésta no solamente como las expresiones del arte, sino como toda la riqueza de nuestra historia, de nuestras tradiciones y de nuestro destino compartido.

Por eso, creemos en la integración. Por eso creemos en este caminar juntos. Chile ha dado algunos pasos. Hemos ido avanzando. Hemos ido construyendo la reconciliación, y hoy día miramos, después de muchas décadas, el futuro con optimismo. Así estamos trabajando. Sin ningún signo de soberbia, con mucha humildad, pero con mucha decisión y mucho coraje.